

trona de los desvalidos, se dibuja en los labios del prócer mexicano.

Pregunta al señor Concha, quien pausadamente se le acerca, al detenerse el convoy:

—¿Hemos llegado, señor coronel?

—No todavía, señor general.

Sigue rodando el carruaje por el camino empedrado, hasta llegar al viejo cuartel de San Cristóbal.

Otros dos eclesiásticos se unen al Padre Salazar.

Salmos penitenciales para salvar el alma.

Redoble de tambores para formar el pelotón.

—¿Ya estamos listos? Vamos, señor Concha, no mortifiquemos más; venga el último abrazo.

Emoción de oficiales y de soldados.

¡Indios o mestizos humildes que matarán al que luchó por ellos!

Morelos sale al patio, arrastrando las pesadas cadenas que apenas lo dejan caminar.

—¿Por qué vendarme? ¿Por qué recibir a la muerte de rodillas? ¡En pie quisiera esperarla, con los ojos muy abiertos!

Interviene el Padre Salazar, diciéndole al oído que se acerca el juicio de Dios.

Ya está Morelos con su pañuelo blanco cubriéndole los párpados, en tierra ambas rodillas, de cara al paredón, según se había dispuesto, para que los rifles le apunten por la espalda.

Musitará el verso de Horacio: *Debemur morti, nos nostraque*: “Estamos destinados a la muerte, nosotros y cuanto nos pertenece”.

Redoblan de nuevo los tambores.

Se escucha la voz de mando.

Al ruido de la descarga se unen las palabras finales del salmo 129 de la Penitencia: “Clamé desde las profundidades del abismo”.

Así clamó Morelos.

Desde las profundidades del coloniaje, la incompreensión y la ignorancia.

Desde el abismo de la servidumbre, la esclavitud y la ignominia.

Clamó desde abajo, para salvar precisamente a los de abajo.

Por eso lo han matado y enterrado los de arriba.

¡Pero sigue Morelos viviendo y clamando —hoy como en la revolución de independnecia— su vigoroso, su eterno y humano *De profundis!*

VIII

IDEARIO, AMARGURA Y MUERTE DE BOLIVAR

SE aludió en capítulo anterior al *Manifiesto de Cartagena*, fechado por Bolívar el 15 de diciembre de 1812. Los párrafos que allí se transcriben y comentan, dan una idea precisa de su visión de la realidad y del espíritu analítico de nuestro biografiado. Estas características de Bolívar, en su aspecto de pensador y escritor, toman más firme consistencia en su ya citada *Carta de Jamaica*, dirigida el 6 de septiembre de 1815 a un caballero inglés, que se supone sea el duque de Manchester.

En dicha Carta hace Bolívar un estudio profético de las diversas regiones hispanoamericanas. En sus referencias a Moctezuma, Cuauhtémoc (Guatimozín), Atahualpa, Catzontzin y los Zipas, Toquis, Imas, Caciques y demás dignidades prehispánicas, no sólo se revela el conocimiento que tenía de la Historia —enseñanza sin duda de don Simón Rodríguez y acaso de don Andrés Bello—, sino también un sentido indigenista que no era, ni mucho menos, el de algunos teóricos contemporáneos, especialistas en la materia.

“Nosotros apenas conservamos vestigios de lo que en otro tiempo fue” —escribe Bolívar—. Y a continuación agrega: “No somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los ver-

daderos usurpadores. Nos hallamos, por lo mismo, en el caso más extraordinario y complicado”.

Caso que el estadista Bolívar había ya definido en sus victoriosos días de 1813, cuando escribió en octubre desde Valencia: “El español feroz, vomitado sobre las costas de Colombia, para convertir la porción más bella de la naturaleza en un vasto y odioso imperio de crueldad y de rapiña, hizo desaparecer de la tierra la casta primitiva; y cuando su saña rabiosa no halló más seres que destruir, se volvió contra los propios hijos que tenía en el suelo que había usurpado”. Y procura, entonces, iniciar al menos la solución del problema agrario con su *Ley de Repartos*.

* * *

Sobre este particular afirma el escritor venezolano Humberto Tejera que Bolívar, “al entrar al Perú, dispuso devolver la tierra a los indios, sus antiguos dueños; y antes y hoy verdaderos trabajadores de ella...”.

“Los decretos del 8 de abril de 1824, desde Trujillo, y del 4 de julio de 1825, desde la sagrada ciudad del Cuzco, estatuyeron: “Se declara a los indios propietarios de los terrenos que posean; y esto en pleno dominio. Las tierras de comunidad se repartirán entre los indios que no gocen de ellas. El repartimiento se hará tomando en cuenta el estado de cada porcionero, asignando más tierra a los cabezas de familia, pero en tal forma que ningún indio quede sin su respectivo terreno”.

Medidas semejantes tomó el Libertador en su decreto del 22 de diciembre de 1825, expedido en Chuquisaca, para la liberación de los indígenas del Alto Perú.

Basado en otro investigador venezolano, Eloy G. Blanco, asegura además el excelente amigo y escritor Tejera: “Bolívar condujo la guerra de independencia en tres lustros, pormenorizador e implacable, de la única manera



posible: tomando elementos y recursos donde los había; es decir, en las arcas, las haciendas, los palacios y las riquezas de los opresores”. De manera que Bolívar, en este punto concreto, se da también la mano con Morelos.

Pero el Libertador y fundador de la Gran Colombia fue burlado, en lo que se refiere a repartos de tierra, según explicó el Presidente de Venezuela Rómulo Betancourt, en discurso de 1946 en Carabobo. Valga esta frase relacionada con la distribución agraria:

“La ley bolivariana de repartos no se cumplió. Con los bienes confiscados a los realistas sucedió lo mismo que con los bienes confiscados a Juan Vicente Gómez. Casi todas esas haciendas pasaron a manos de aprovechados sin escrúpulos, y el pueblo se quedó sin tierras”.

¡Lo mismo que en el resto de la América española, al dividirse o sucumbir los próceres!

¡Lo mismo que en la época contemporánea, a merced nuestros países de los nuevos propietarios, herederos legítimos de los fernandinos, que malograron la obra de los libertadores!

No es preciso, de momento, hacer ningún otro comentario.

En la Carta de Jamaica habla Bolívar de Morelos y de la Virgen de Guadalupe

El documento realmente orientador, la *Carta de Jamaica* de que se ha venido haciendo mención, lleva ya el germen del *Discurso al Congreso de Angostura*, de la *Invitación para el Congreso de Panamá*, de la *Constitución de Bolivia* y de una larga serie de cartas y mensajes de Bolívar. Entre ellos, el que dirigió el 12 de junio de 1818 a Pueyrredón y a los habitantes del Río de la Plata; el que presentó diez años después a la Con-

vención de Ocaña; y sus comunicaciones a Santander, O'Higgins y a otros caudillos de la libertad americana.

De varias páginas que dedica a México en la citada *Carta de Jamaica*, bien vale la pena recordar las pocas líneas siguientes: "Los sucesos de México han sido demasiado varios, complicados, rápidos y desgraciados, para que se puedan seguir en el curso de su revolución..."

"Los independientes, por lo que sabemos, dieron principio a su insurrección en septiembre de 1810, y un año después ya tenían centralizado su gobierno en Zitácuaro, instalando allí una Junta Nacional bajo los auspicios de Fernando VII, en cuyo nombre se ejercían las funciones gubernativas".

"... Se dice que han creado un Generalísimo o dictador, que lo es el ilustre general Morelos; otros hablan del célebre Rayón; lo cierto es que uno de estos dos hombres, o ambos separadamente, ejercen la autoridad suprema en aquel país; y recientemente ha aparecido una Constitución para el régimen del Estado..."

"Aquí se observa que por causas de conveniencia se conservó la apariencia de sumisión al Rey", lo cual indica que en este punto lo habían mal informado. Y agregará Bolívar:

"Felizmente, los directores de la independencia de México se han aprovechado del fanatismo con el mejor acierto, proclamando a la famosa Virgen de Guadalupe por reina de los patriotas, invocándola en todos los casos arduos y llevándola en sus banderas. Con esto, el entusiasmo político ha formado una mezcla con la religión, que ha producido un fervor vehemente por la sagrada causa de la libertad. La veneración de esta imagen en México, es superior a la más exaltada que pudiera inspirar el más diestro profeta".

Adviértase que cuando da Bolívar a la imprenta sus opiniones certeras sobre la guerra de independencia mexicana, en septiembre de 1815, ya Morelos estaba en vis-

peras de caer en poder de las fuerzas virreinales. Precisamente a fines de ese mes daría principio la peregrinación del Congreso, y al cabo de cinco semanas quedaba cortada y terminada la carrera política del formidable cura de Carácuaro.

Bolívar, en cambio, gracias a que pudo escapar de las manos de los realistas en sus campañas de 1813 y 1814, aún tendría por delante la gloria de sus triunfos durante quince años, que con la muerte el destino le negó a Morelos.

* * *

En relación con Centroamérica, dice Bolívar al duque de Manchester: "Los Estados del Istmo de Panamá hasta Guatemala, formarán quizá una Asociación... que entre los dos mares podrá ser, con el tiempo, el emporio del universo. Sus canales acortarán las distancias del mundo, estrecharán los lazos comerciales de Europa, América y Asia; traerán a tan feliz región los tributos de las cuatro partes del globo. ¡Acaso sólo allí podrá fijarse algún día la capital de la tierra, como pretendió Constantino que fuese Bizancio la del antiguo hemisferio!".

¿Qué se hizo, en dónde y en poder de quién está esa garganta de América, que podría ser, de acuerdo con la visión de Bolívar, "el emporio del universo"?

Visión tan clara y tan antigua, por otra parte, que desde los primeros años de la conquista el licenciado don Gaspar de Espinosa, el deudo y pariente de Hernán Cortés, Saavedra Cerón, el escritor Fernández de Oviedo e incluso el Obispo de Panamá, fray Tomás de Berlanga, hacían notar a Carlos V:

"Qué maravillosa disposición hay para lo que es dicho: que aqueste río Chagres, naciendo a dos leguas de la Mar del Sur, viene a meterse en la del Norte. Este río corre muy recio, y es muy ancho y poderoso y hondable".

Dio esto lugar a la Cédula Real de 1534, en la que

Su Majestad ordenó al Gobernador de Castilla del Oro que, personas expertas, “vieran la forma que podría darse para abrir dicha tierra y juntar ambos mares”.

En nueva correspondencia para el Rey, explicaba el Obispo Berlanga: “Si este paso se remedia, no hay necesidad de buscar otro estrecho, porque Vuestra Majestad será señor de un tan gran mundo como el que en esta Mar del Sur se descubre, e espera se descubrirá, e tenerlo todo como debajo de llave”.

¡Estupenda frase! Tenerlo todo como debajo de llave. Así está Centroamérica. ¡Como debajo de llave! Otras metrópolis hicieron lo que no pudo realizar España, pues poco después Felipe II se acogió a San Marcos, amonestando a los fieles para que no se hablase más del asunto, “porque no debe el hombre separar lo que Dios unió”. Al cabo de tres siglos, Bolívar, el sabio Valle, Morazán y otras figuras ínclitas de América, volvieron a pensar en esa ruta interoceánica, privilegiada por la naturaleza.

¡Hubiese animado el espíritu de estos próceres a los granadinos y a los centroamericanos de subsiguientes generaciones, y es posible que se hubieran cumplido sus profecías y sus deseos, con los grandes canales de Panamá y de Nicaragua financiados y planeados, adecuadamente, al servicio del género humano, sin pérdida de soberanía ni concesiones de índole militar, que hoy atraen sobre sus habitantes el peligro de la bomba atómica!

De haber prevalecido el criterio de nuestros hombres guías entre los gobernantes hispanoamericanos, criollos o mestizos, formados al amparo de tantas luchas para “salvar a la patria”, no se nos podría aplicar el versículo 34 del Génesis, que reza textualmente en la parte XXV:

“Entonces Jacob le dio a Esaú pan y un plato de lentejas. Y éste comió y bebió, y se levantó y se fué. Y así despreció Esaú su primogenitura”.

*Unidad hispanoamericana era la
divisa del Libertador*

En diversos escritos volverá a insistir el Libertador sobre la situación y el porvenir de Centroamérica, pensando desde luego en Panamá, que formaba parte de Nueva Granada y posteriormente de la Gran Colombia. En su invitación para el Congreso que allí trataba de reunir, enviada desde Lima el 7 de diciembre de 1824 a los Gobiernos de Colombia, México, Río de la Plata, Chile y Guatemala, expresará de nuevo lo que ya les había insinuado en 1822. En este segundo mensaje de unidad hispanoamericana, escribe así Bolívar:

“Después de 15 años de sacrificios consagrados a la libertad de América, por obtener el sistema de garantías que, en paz y guerra, sea el escudo de nuestro nuevo destino, es tiempo ya de que los intereses y las relaciones que unen entre sí a las repúblicas americanas, antes colonias españolas, tengan una base fundamental que eternice, si es posible, la duración de estos gobiernos.

“Entablar aquel sistema y consolidar el poder de este gran cuerpo político pertenece al ejercicio de una autoridad sublime, que dirija la política de nuestros gobiernos, cuyo influjo mantenga la uniformidad de sus principios, y cuyo nombre solo calme nuestras tempestades. Tan respetable autoridad no puede existir sino en una asamblea de plenipotenciarios, nombrados por cada una de nuestras repúblicas, y reunidos bajo los auspicios de la victoria obtenida por nuestras armas contra el poder español.

“Profundamente penetrado de estas ideas invité en 1822, como Presidente de la República de Colombia, a los Gobiernos de México, Perú, Chile y Buenos Aires, para que formásemos una confederación y reuniésemos en el Istmo de Panamá —u otro punto elegible a plurali-

dad— una asamblea de plenipotenciarios de cada Estado, que nos sirviese de consejo en los grandes conflictos, de punto de contado en los peligros comunes, de fiel intérprete en los tratados públicos cuando ocurran dificultades, y de conciliador, en fin, de nuestras diferencias”.

Hace Bolívar en los siguientes párrafos de su invitación diversas consideraciones; repite cómo Panamá sería la capital indicada para la Confederación, a cuyo fin Colombia ofrece el territorio del Istmo, por estar “en el centro del globo, viendo por una parte el Asia, y por otra el Africa y la Europa”; y termina con estas palabras aquel histórico documento:

“El día que nuestros plenipotenciarios hagan el canje de sus poderes, se fijará en la historia diplomática de América una época inmortal. Cuando después de cien siglos la posteridad busque el origen de nuestro derecho público, y recuerde los pactos que consolidaron su destino, registrará con respeto los protocolos del Istmo. En él encontrarán (las generaciones futuras) el plan de las primeras alianzas, que trazará la marcha de nuestras relaciones con el universo. ¿Qué será entonces el Istmo de Corinto, comparado con el de Panamá?”

* * *

Años antes, el 12 de junio de 1818, se había dirigido al Supremo Director de las Provincias Unidas del Río de la Plata, don Juan Martín de Pueyrredón. He aquí la frase final de esa nota:

“Cuando el triunfo de las armas de Venezuela complete la obra de su independencia, o que circunstancias más favorables me permitan comunicaciones más frecuentes y relaciones más estrechas, nosotros nos apresuraremos, con el más vivo interés, a entablar, por nuestra parte, el pacto americano que, formando de todas nuestras repúblicas un cuerpo político, presente la América al

mundo con un aspecto de majestad y grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas. La América así unida, si el Cielo nos concede este deseado voto, podrá llamarse la reina de las naciones y la madre de las repúblicas”.

Y en esa misma fecha, al pueblo rioplatense, último párrafo: “La República de Venezuela, aunque cubierta de luto, os ofrece su hermandad. Y cuando haya extinguido los últimos tiranos que profanan su suelo, entonces os convidará a una sola sociedad, para que nuestra divisa sea la de unión en la América meridional”.

Más adelante, en carta para el general don Francisco de Paula Santander, escrita en Lima el 11 de marzo de 1825, cuando el peligro de la Santa Alianza amaga todavía a los países recientemente liberados, expresará el Libertador tales ideas, que parecieran haberse escrito en estos mismos días. Le dice a Santander que se puede resguardar la América con un gran ejército; con inteligente política europea, “para quitarnos los primeros golpes”; y sin duda por el liberalismo inglés de aquellos años —o quizás y sobre todo porque Santander, inopinadamente, había invitado al Gobierno de Wáshington a la reunión anfictiónica—, mediante un entendimiento con la Corona británica.

“Pero —explica Bolívar— todo muy bien manejado y muy bien combinado, porque sin buena dirección no hay elemento bueno”. Y por lo que ocurre en esta postguerra de la segunda conflagración mundial, léase lo que escribe el Libertador en un segundo agregado de la misma carta:

“Esta lucha no puede ser parcial de ningún modo, porque se cruzan intereses inmensos esparcidos en el mundo entero. Todo el nuevo hemisferio queda de hecho comprometido. El remedio a todo esto, si se encuentra, es el gran Congreso de Plenipotenciarios en el Istmo, bajo un plan vigoroso, estrecho y extenso, con un ejército a sus órdenes de 100,000 hombres a lo menos, mantenido por la

Confederación e independiente de las partes constitutivas”.

Es interesante tomar nota del carácter contractual y multilateral del proyecto bolivariano, cosa muy distinta del llamado Panamericanismo, a punto de tomar por nuevos cauces, como consecuencia de la política de buena vecindad del Presidente Franklin D. Roosevelt. Es decir, no por iniciativa ni como resultado de la potencialidad moral y material de Hispanoamérica, sino por el interés de países más poderosos.

Adviértase, de igual manera, cómo la Doctrina de Monroe, típicamente unilateral, y con interpretación y aplicación exclusiva en manos del Gobierno de Washington, es completamente ajena al plan propuesto por Bolívar en Panamá. El Libertador proponía que *nuestras repúblicas* formaran un solo cuerpo político, con la divisa de “*unión en la América meridional*”.

Discurso ante el Congreso de Angostura

Sería imperdonable no reproducir siquiera algunos puntos primordiales del Discurso pronunciado por Bolívar ante el Congreso de Angostura, el 15 de febrero de 1819. Después de transmitir a los representantes del pueblo el poder que se le había confiado, y de informar de su actitud y sus campañas, hace observaciones como las siguientes:

“La continuación de la autoridad en un mismo individuo, frecuentemente ha sido el término de los gobiernos democráticos. Las repetidas elecciones son esenciales en los sistemas populares, porque nada es tan peligroso como dejar que el poder permanezca largo tiempo en un mismo ciudadano. El pueblo se acostumbra a obedecerle, y él se acostumbra a mandarlo, de donde se originan la usurpación y la tiranía”.

“...La esclavitud es la hija de las tinieblas; un pueblo ignorante es un instrumento ciego de su propia destrucción”. “...Un pueblo pervertido, si alcanza su libertad, muy pronto vuelve a perderla. El imperio de las leyes es más poderoso que el de los tiranos. El ejercicio de la justicia es el ejercicio de la libertad”.

“...El sistema de gobierno más perfecto es aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social y mayor suma de estabilidad política”.

“...¿No dice “el espíritu de las leyes” que éstas deben ser propias para el pueblo que se hacen? ¿Que es una gran casualidad que las de una nación puedan convenir a otra? ¿Y que las leyes deben ser relativas a lo físico del país, al clima, a la calidad del terreno, a su extensión, al género de vida de los pueblos; referirse al grado de libertad que la Constitución puede sufrir, a la religión de los habitantes, a sus inclinaciones, a sus riquezas, a su número, a su comercio, a sus costumbres, a sus modales?”

“¡He aquí el código que debíamos consultar, y no el de Washington!”

Explicando su idea de un cuarto poder, esbozada en este discurso de Angostura, escribirá el Libertador a Guillermo White, el 26 de mayo de 1820:

“Tenga usted la bondad de leer con atención mi discurso, sin atender a sus partes, sino al todo de él. Su conjunto prueba que yo tengo muy poca confianza en la moral de nuestros conciudadanos, y sin moral republicana no puede haber gobierno libre...”

“¡A qué no se han sometido los hombres! ¡A qué no se someterán aún! Si hay una violación justa, es aquella que se emplea en hacer a los hombres buenos y, por consiguiente, felices; y no hay libertad legítima, sino cuando ésta se dirige a honrar a la humanidad y a perfeccionarle su suerte”.

* * *

Conforme pasan los años y aumenta su gloria, irá creciendo la desconfianza de Bolívar en la moral de sus conciudadanos. Y no por culpa de las muchedumbres que lo han seguido y aclamado; no por culpa de los pueblos, generalmente nobles y generosos, si se les trata con honradez, con humanidad y con justicia, sino a causa de algunos caudillos en potencia, que se han hecho fuertes a la sombra del Libertador.

Pueblo sí tiene Bolívar, como lo tendrá —para bien o para mal— cualquier conductor de multitudes que pueda cohesionarlas, al revés de lo que escribió sobre el particular mi siempre venerado amigo, el escritor y luchador infatigable hasta su último aliento, don Rufino Blanco Fombona.

Atrévome a repetir, por consiguiente, que después de Boves y no obstante la reacción conservadora, masa popular tuvo Bolívar, más o menos igual a la de países considerados como de mayor progreso y superior cultura, aunque incapaces de comprender su responsabilidad y su destino.

Dígalo si no la propia Europa, en donde los pueblos se matan inmisericordemente, sin saber por qué rompen la paz, abandonan sus hogares y buscan la muerte en las trincheras. Díganlo si no los italianos del Duce, o los buenos y disciplinados alemanes, que de sus fábricas y sus laboratorios, de sembrar la tierra y de extasiarse con la música de Beethoven y de Wagner, arremeten como fieras contra el mundo, guiados por el Kaiser o por el espíritu satánico de Hitler.

En tales condiciones, frente a masas populares supercultas, arrastradas a dar lo único propio que es la vida en defensa de inconfesables y enormes monopolios, ávidos sus magnates de dominar al mundo, no hemos de creer que seamos inferiores, ni que pueda nadie mirarnos con

desdén, por las luchas incesantes que ha librado Hispanoamérica en busca de libertad y de justicia.

* * *

Puede afirmarse, en resumen, que de nuestra sufrida masa popular, analfabeta ciertamente de los signos gráficos de la escritura, como lo son otros del ingenio; maleable por la demagogia, en igual forma que la masa popular de todos los pueblos de la tierra... , no recelarían Bolívar, ni Morelos, ni Artigas, ni San Martín, ni Morazán, ni Juárez, ni José Martí, ni hombre superior alguno de nuestra pobre América.

Recelarían y recelaron, sí, de ciertos funcionarios calculadores que los rodeaban: patriotas de mala o buena fe, pero con mentalidad parroquial; negociantes sin más preocupación que el lucro; voraces usufructuarios de la revolución y de la guerra, entonces como ahora; enemigos solapados de la libertad y de la democracia; abuelos y bisabuelos de numerosos juriconsultos, hogaño especialistas en la financiación de empréstitos, de influencias oficiales y de onerosas concesiones.

¡Muy sabidos, pues, para hipotecarlo todo y entregarlo todo, con perjuicio evidente de 150 millones de hispanoamericanos desnutridos, explotados como en tiempo de los capitanes generales y de los virreyes, desmoralizados y enfermos hasta la desesperación, sin fe ni confianza en quienes suelen proclamarse como eternos “salvadores de la patria”!

Para la moral de estos ciudadanos, para esta clase de “políticos sagaces” o de nuevos criollos —enemigos a muerte de los criollos revolucionarios—, era la desconfianza de Bolívar. ¡Y para los militares macheteros, fatídico ancestro de insaciables “señores presidentes” posteriores!

Se podrían pintar en esta forma: Pistolón o fusta en

la mano; en la cabeza humo de pólvora; taconeo y espuelas donde tenían el caite o el huarache. ¡Lujuria, soberbia, crueldad, pasiones y apetitos desatados, para regodearse a prisa con lo que no tuvieron antes!

Ya dijo el austero y glorioso Protector don José de San Martín, al retirarse del Perú, dejando a Bolívar la responsabilidad de la campaña, ante renovadas asechanzas de traición y material humano de tal jaez: "Me falta valor para fusilar algunos de mis compañeros de armas y de causa".

El poder moral y otros aspectos interesantes de la Constitución de Bolivia

Por el cuadro anterior será fácil inferir el estado de ánimo del Presidente de la Gran Colombia, al comprender el peligro que estos políticos y militares hacían correr a la unidad de su patria, forjada con tanto dolor y tanta sangre.

Así se explica su insistencia en darle forma jurídica al cuarto poder, en la Constitución de Bolivia; al poder moral, que ya había sugerido en Angostura y que había fracasado en Cúcuta. Su mensaje del 25 de mayo de 1826 a los constituyentes bolivianos, les hace ver, desde Lima, cómo es indispensable responsabilizar a los funcionarios públicos del modo más efectivo.

"Sin responsabilidad —dice—, sin represión, el Estado es un caos. Me atrevo a instar con encarecimiento a los legisladores, para que dicten leyes fuertes y terminantes sobre esta importante materia". Espera que su idea de investir a los Censores con altas facultades, sea una forma de esclarecer la conciencia pública, evitando que los ciudadanos sufran los abusos de los magistrados, jueces y demás funcionarios.

"Los Censores ejercen una potestad política y moral, que tiene alguna semejanza con la del Areópago de Ate-

nas y la de los Censores de Roma. Serán ellos los fiscales contra el Gobierno, para celar si la Constitución y los tratados públicos se ejercen religiosamente. Son ellos los que protegen la moral, las ciencias, las artes, la instrucción y la imprenta..."

"Los Senadores, entretanto, forman los códigos y reglamentos eclesiásticos y velan sobre los tribunales y el culto"... "Es del resorte del Senado cuanto pertenece a la religión y a las leyes".

Da esto lugar a que los intereses creados, y ciertos elementos al servicio confesional de la Colonia, vislumbren algo así como un "sacerdocio civil", que tomaría el sitio del clero católico, ya que Bolívar omite en su Proyecto de Carta Magna lo que se relaciona con el Estado religioso. En el mensaje correspondiente hace diversas aclaraciones en relación con este grave problema, que no se resolverá sino al cabo de muchos años —y no en todas las repúblicas americanas— con las leyes de reforma que habrían de separar a la Iglesia del Estado. Razonará el Libertador de esta manera:

"Haré mención de un artículo que, según mi conciencia, he debido omitir"... "Las leyes fundamentales son la garantía de los derechos civiles y políticos; y como la religión no toca a ninguno de estos derechos, toda ley sobre ella quita el mérito a la fe, que es la base de la religión..." "La religión gobierna al hombre en la casa, en el gabinete, dentro de sí mismo: sólo ella tiene derecho de examinar su conciencia íntima".

Insistirá Bolívar en presenatr su punto de vista con gran serenidad y altos pensamientos, indicando que no puede un Estado "regir la conciencia de los súbditos, ni velar sobre el cumplimiento de las leyes religiosas, cuando los tribunales están en el cielo y cuando el juez es Dios"... "La Inquisición solamente sería capaz de reemplazarlos en este mundo. ¿Volverá la Inquisición con sus teas incendiarias?"

* * *

Hasta dónde influiría en el ánimo de Bolívar el temor de que el fanatismo siguiera siendo instrumento de la reacción clerical, para fines temporales, es cosa que sale a luz en los conceptos del mensaje a que se ha hecho referencia. Y acaso se agudice su preocupación al recordar que poco antes, en 1824, el Papa León XII había exhortado a los pueblos de América para que volviesen “al dulce yugo de Fernando VII, Rey Cathólico de las Españas, cuya sublime y sólida virtud le hace anteponer, al esplendor de su grandeza, el lustre de la religión y la felicidad de sus amados súbditos”.

Este Fernando VII del “dulce yugo” —como el Franco beatífico de nuestros días, respaldado igualmente por el Vaticano—, había suprimido la Constitución de Cádiz, al recobrar el trono con las tropas de Lord Wellington; había sembrado de cadáveres los panteones de España; aceptó después el apoyo armado de los franceses cavernarios, para vencer la revolución de Riego con los “Cien mil hijos de San Luis” —exactamente como Franco contra la República, de 1936 a 1939, auxiliado por los ejércitos de Hitler y de Mussolini—; mandó cometer, en fin, atrocidades espeluznantes en América, hasta que sus generales y virreyes fueron a la postre derrotados por nuestra gran revolución de independencia.

Pensará el Libertador en todos estos problemas del siglo diecinueve —tan semejantes a los del siglo veinte. Medirá los peligros de la Santa Alianza, que amenazaba de preferencia al mundo hispanoamericano—, como hoy lo amenazan otras ofensivas del poderío monopolista.

Y sentirá que todo él se rompe y se quebranta del cuerpo y del espíritu, al ver cómo crecen cada día los odios y las pasiones de sus mejores lugartenientes; cómo se ahonda la división y aumenta entretanto la anarquía; cómo a él mismo, después de rechazar ofrecimientos rei-

terados para que acepte una corona, lo atacan de diversos sectores por su “ambición desmesurada”.

A quienes le han propuesto tronos y mantos reales les dirá: “El título de Libertador es superior a cuantos ha recibido el orgullo humano. Me es imposible degradarlo”. Al emisario del general Páez le contesta desde el Perú: “Un trono espantaría, tanto por su altura como por su brillo”... “Ni Colombia es Francia, ni yo soy Napoleón ni quiero serlo. Tampoco podría imitar a César, menos aún a Iturbide”. Y al Vicepresidente Santander:

“El general Páez está a la cabeza de estas ideas, sugeridas por sus amigos los demagogos. Un secretario privado ha venido a traerme el proyecto”... “Este plan me ofende más que todas las injurias de mis enemigos, pues me supone de una ambición vulgar y de un alma infame”.

* * *

De dinero y demás bienes materiales no habría de ser la “ambición desenfrenada” del Libertador. Los ha tenido en abundancia; se le han decomisado; en parte se pudieron recuperar con la victoria, disminuídos y maltrechos, sin que nada le produzcan. De su difícil situación hay una serie de cartas, en las que expresa su amargura, cuando tal vez no pueda esperarle otro camino que el destierro:

“Yo estoy pobre, viejo, cansado y no sé vivir de limosna. Lo poco que me queda no alcanza para mi indigente familia, arruinada por seguir mis opiniones”... “Preveo que al fin tendré que irme de Colombia, y debo llevar un pan que comer, porque no tengo la paciencia ni el talento de Dionisio de Siracusa, quien se metió a enseñar niños en su desgracia”.

Rehuye, sin embargo, un millón de pesos que el Congreso del Perú vota en su favor: “Jamás he querido aceptar de mi patria misma ninguna recompensa de este gé-

nero. Sería una incosecuencia monstruosa si yo ahora rebase de las manos del Perú, lo mismo que había rehusado a mi patria”.

De sus sueldos atrasados, por añadidura, apenas cobra una pequeña parte, como lección de desprendimiento a los políticos voraces, que a la sombra del poder multiplican sus panes y sus peces en progresión geométrica, y no precisamente para darles de comer, como en el Evangelio, a los que escuchan el Sermón de la Montaña. Se ilusionará Bolívar al respecto, con esta idea: “Mi ejemplo puede servir a mi patria misma, pues la moderación del primer jefe cundirá entre los últimos y mi vida será su regla”.

Por ventura entonces, ¿ambición de gloria? Oigamos sus propias palabras: “Siempre he pensado que el que trabaja por la libertad y por la gloria, no debe tener otra recompensa que gloria y libertad”.

¡¡Ojalá que nuestros políticos contemporáneos sólo tuviesen ambición de gloria, porque esa llama purificadora les impediría tomar por senderos extraviados, con perjuicio de sí mismos, de su alta investidura y de los pueblos que gobiernan!!

Revueltas, atentados personales, guerra con el Perú, anarquía entre 1827 y 1830

Todo se derrumba entre 1827 y 1830. Poco avanzó en junio de 1826 el Congreso de Panamá, en el cual confiaba Bolívar para mantener la paz y la unidad de los países liberados. Así expresará sus sentimientos de esos días:

“No hay buena fe en América, ni entre los hombres ni entre las naciones. Los tratados son papeles, las Constituciones libros, las elecciones combates, la libertad anarquía y la vida un tormento”.

A fines de ese año, después de un lustro de permanencia en el Ecuador, Perú y Bolivia; después de la intensa obra política y social que allí pudo realizar, de limar asperezas entre los de arriba y de apoteosis entre las grandes masas, regresa urgentemente a la Gran Colombia, en donde ya despedazan la unión los antagonismos irreconciliables de Páez y Santander.

“Considero al nuevo mundo como un medio globo que se ha vuelto loco —exclamará— cuyos habitantes se hallan atacados de frenesí”. Y en el colmo de su amargura: “Muchas veces me arrepiento de ser americano, porque no hay cosa por eminente que sea que no la degrademos”.

Hace cuanto puede ante los caudillos de Caracas y de Bogotá. Los calma de momento. Pero en el Perú el general Santa Cruz, el general Gamarra y los políticos provinciales desconocen la autoridad del Libertador, forman su Congreso y eligen Presidente al general La Mar.

También en Bolivia comienzan las sublevaciones, vi-toreando a Santa Cruz; se ataca la Constitución del 26; y al correr de pocos meses el gobernante immaculado, Antonio José de Sucre, resulta herido en un motín que estalla en Chuquisaca. (18 de abril de 1828.)

Le escribirá Bolívar estas dolientes palabras: “Yo, en en el caso de usted, no me quedaría en el sur, porque a la larga tendremos el defecto de ser venezolanos”... “Si aquí no podemos hacer nada por el bien común, el mundo es grande y nosotros tan pequeños que cabremos en cualquier parte. Venga usted a correr mi suerte, querido general. Todo nos ha unido: no nos separe pues la fortuna. La amistad es preferible a la gloria”.

Para entonces, como San Martín, ya pensaba Bolívar retirarse a Europa. Sus memorias y sus cartas de días tan agitados no pueden ser más pesimistas. Quiere dejar la presidencia de la Gran Colombia, en contestación a quienes lo difaman con la sospecha absurda de que su

tesis centrofederalista —Confederación de Estados fuertes y respetables que no se subdividan, con gobiernos centrales—, es el camino de la tiranía.

¡No entienden, no quieren entender los demagogos que el centralismo de Bolívar no es el de los aristócratas, ni el de los reaccionarios, ni el de los criollos ricos de México o de Centroamérica, que claman a grandes voces por “religión y fueros”!

Esa falta de comprensión hizo fracasar el Congreso de Panamá. Esa falta de comprensión señala al caraqueño como ambicioso de poder vitalicio. Responde pues renunciando, “porque un país que está pendiente de la vida de un hombre corre tanto riesgo, como si lo jugasen todos los días a los dados”. Pero sus partidarios y el Congreso de Tunja no aceptarán que en tan grave crisis abandone Bolívar a su patria.

* * *

Como medida indispensable para consolidar a la República, mediante la reforma o la expedición de nuevas leyes, en un esfuerzo supremo de paz y de concordia, se organiza y reúne la Convención de Ocaña. Durante varios meses de 1828 discuten los delegados, sin que se lleguen a poner de acuerdo. El Libertador, acogido mientras tanto a la hospitalidad del pueblo de Bucaramanga, sigue desde lejos la encendida polémica de las facciones.

Disuelta la Convención por falta de quórum; más desatados los rencores y los odios al clausurarse que al abrirse la asamblea; el país completamente anarquizado, regresa el Presidente a Bogotá y asume sin dilación la dictadura, advirtiendo que dejará el poder irrevocablemente en 1830, al cumplirse su segundo mandato. ¡Ni éste ni el primero los había en realidad desempeñado, por encontrarse en sus campañas del sur, y por su confianza ilimitada en la capacidad del Vicepresidente Santander!

Ahora sí parece inevitable el derrumbe de la Gran Colombia. Los partidarios de Santander en Nueva Granada, y los de Páez en Venezuela, ya tienen nuevos elementos de ataque contra el Libertador. ¡La tiranía! ¡La dictadura!

Caldeado el ambiente político, encendidas como nunca las pasiones, a nadie causará sorpresa la conjuración que toma cuerpo en la noche del 24 al 25 de septiembre de 1828, con el propósito de asesinar a Bolívar en su propia residencia del Palacio Presidencial de San Carlos. Milagrosamente pudo salvar la vida, en forma que relatan todos sus biógrafos, gracias a la sangre fría de su extraordinaria amiga, de su confidente y compañera inigualable, Manuelita Sáenz, “Libertadora del Libertador”.

Mas no ha de terminar ese año fatídico de 1828 sin nuevas dificultades, sin nuevos levantamientos, que llevan incluso a la guerra civil. Ahora son los coroneles Obando y López en Popayán. A poco habrá de ser el general La Mar, quien con un poderoso ejército invade el sur de Colombia para anexar Guayaquil a la nación peruana. Tiene que acudir el mariscal Sucre a enfrentarse con hombres valerosos, que bajo su mando habían peleado por la independencia.

Domina el joven vencedor de Ayacucho en esta guerra por todos conceptos lamentable; pero demuestra su generosidad y su nobleza en las condiciones de paz que impone al régimen de Lima, en nombre de Colombia y de acuerdo con Bolívar —quien para esa fecha se encuentra en Ecuador—, después de las batallas de Saraguro y de Tarquí, en febrero de 1829.

Seguirán las revueltas y las insurrecciones durante el resto de aquel año —¡hasta el valeroso Córdova en Antioquia—, culminando tanta hostilidad desorbitada con un decreto del general Páez —¡del propio militar que insistía en que el Libertador se coronara!—, desterrándolo

de Venezuela por los “proyectos monárquicos” de su ilustre jefe y compatriota.

*Deja Bolívar el poder y clama por la unión,
ya moribundo, en San Pedro Alejandrino*

No ha de continuar Bolívar al frente del Gobierno. Ante el Congreso presidido por Sucre, que inicia sus sesiones plenarias el 20 de enero de 1830, dimite irrevocablemente la primera magistratura de la nación, depositando el poder en el general Domingo Caicedo, Presidente interino del Consejo, con fecha 1º de marzo. He aquí algunas frases de su último discurso:

“Las lecciones de la Historia, los ejemplos del viejo y nuevo mundo, la experiencia de veinte años de revolución, han de servirnos como fanales en medio de las tinieblas...”.

“Libradme del baldón que me espera, si continúo ocupando un destino que nunca podrá alejar de sí el vituperio de la ambición. Un nuevo magistrado es ya indispensable para la República...”.

“Desde hoy no soy más que un ciudadano para defender a la patria y obedecer al Gobierno. Cesaron mis funciones públicas para siempre. Os hago formal y solemne entrega de la autoridad suprema, que los sufragios nacionales me habían concedido”.

Y concluirá su alocución con estas palabras, en las que se adivina su indecible angustia por el derrumbamiento de la Gran Colombia, que a pesar de su retiro y no obstante las gestiones del propio Congreso ante la administración del intrépido llanero Páez, habrá de ser a la postre inevitable:

“Compatriotas: Escuchad mi última voz al terminar mi carrera política; a nombre de Colombia os pido, os

ruego que permanezcáis unidos, para que no seáis los asesinos de la patria y vuestros propios verdugos”.

Sus partidarios desean que no se ausente de Bogotá. Millares de hombres y de mujeres lo saludan y aclaman cuando sale del Palacio. También le piden los ecuatorianos leales y progresistas, que traslade su residencia a Quito. Pero el Libertador enfermo, hondamente quebrantado, precozmente envejecido, desea recuperar su salud en otros climas.

Su intención es embarcar a las Antillas y después a Europa, sobre todo al saber que el Gobierno de Venezuela —su tierra nativa a la que dio cuanto tenía— no está dispuesto a negociar con la Nueva Granada, mientras él permanezca en el país.

“Mi aflicción no tiene medida —escribirá al saberlo—, porque la calumnia me ahoga. Estoy resuelto a irme de Colombia, a morir de tristeza y de miseria en los países extranjeros”.

Pasarán nueve semanas, sin embargo, antes de que pueda trasladarse a Cartagena, porque es realmente angustiada su situación económica. No tiene medios bastantes para emprender el viaje al exterior, y sus enemigos de Caracas suscitan toda clase de dificultades para impedirle que pueda usar su patrimonio.

Con humana indignación —ya no es el héroe de las batallas que hoy vemos en los monumentos— pedirá entonces al doctor Alamo: “Abandone usted mi defensa, y que se apoderen de mi propiedad el enemigo y el juez. Yo los conozco. Se me despoja de la herencia de mis abuelos y se me deshonorra. Me dicen que no hay ley para un hombre como yo. No haga usted más en el asunto. Moriré como nací: desnudo. Usted tiene dinero y me dará de comer cuando me falte todo”.

Del Gobierno bogotano recibirá una parte de la pensión que hasta la fecha había rehusado. Y al pedir que se acepte una letra de cambio —según apuntes tomados

al desgaire por Emil Ludwig—, exclamará Bolívar: “Quisiera tener una fortuna material para dar a cada hijo de Colombia; pero no tengo nada: no tengo más que corazón para amarlos y una espada para defenderlos”.

* * *

En la invicta y heroica Cartagena de Indias, desde junio hasta septiembre de 1830, muy de mañana o con el refresco de la noche, camina lentamente por la orilla del mar Simón Bolívar. Lo acompañan tres o cuatro personas que escuchan con respeto sus palabras.

Aunque tostado por el sol, hay en el fondo de las arrugas que le cruzan y penetran el noble y largo rostro—como figura del Greco—, amarillenta palidez de muerte. Delgado, pequeño de estatura, blanco ya el cabello de las sienes, todo nervio, todo luz en los brillantes ojos, se detiene a cortos trechos para tomar aliento, porque casi no puede respirar.

En el bochorno reverberante de las tardes tropicales, acostado en su hamaca en posición que lo haga descansar de sus dolencias, lee y dicta fatigosamente su contestación a numerosas cartas. Ha vuelto a revisar con emoción la última de Sucre, que recibió en Turbaco, y a la que O’Leary puso como fecha probable el 8 de mayo de 1830. Así le dice el Mariscal de Ayacucho a Bolívar desde Bogotá:

“Mi General: Cuando he ido a casa de usted para acompañarlo, ya se había marchado. Acaso es esto un bien, pues me ha evitado el dolor de la más penosa despedida. Ahora mismo, comprimido el corazón, no sé qué decir a usted. . .”

“Mas no son palabras las que pueden fácilmente explicar mis sentimientos. Usted los conoce, pues me conoce mucho tiempo y sabe que no es su poder, sino su amistad la que ha inspirado el más tierno afecto a su perso-

na. Lo conservaré, cualquiera que sea la suerte que nos quepa, y me lisonjeo pensando que usted me conservará siempre el aprecio que me ha dispensado. Sabré en todas circunstancias merecerlo. . .”

“Adiós, mi General. Reciba usted por gaje de mi amistad, las lágrimas que en este momento me hace verter su ausencia. Sea usted feliz en todas partes, y en todas partes cuente con los servicios y con la gratitud de su más fiel y apasionado amigo, *Antonio José de Sucre*”.

Lee otra vez Bolívar esta carta póstuma de aquel joven militar—de 30 años cuando ganó la batalla de Ayacucho—, y tiene que hacer un gran esfuerzo para dominarse, porque lo estremece el llanto. Pocos días antes, el 4 de junio, se lo han matado alevosamente en las montañas de Berruecos, cuando se retiraba de los negocios públicos para entregarse, triste también y desilusionado, al amor de su mujer y de su hija en la capital ecuatoriana.

Con razón exclamó Bolívar al recibir la horrible noticia de aquel infame asesinato: “¡Santo Dios!! Han matado al Abel de Colombia”.

¡¡Al Abel de Colombia y de toda la América Española, que habrían de tener ante sus ojos los jóvenes de hoy, para que no desvíen jamás su ruta; para que la lealtad, el valor y la pureza del héroe sin mancha, nimbado por la única gloria perdurable, los ayude y fortalezca frente a la peligrosa tentación de los hartos de materia, sin sople espiritual que los redima!!

* * *

Revolución en Bogotá. Nuevas cartas y emisarios que solicitan al Libertador, todavía detenido en Cartagena. Con mayor insistencia lo llaman sus amigos en agosto; lo necesita la República; le piden que regrese y se haga otra vez cargo del poder supremo.

Titubea Bolívar. Frente a sus ojos, el mar y el buque en que podría embarcarse. A lo lejos, en la altiplanicie, el aire puro de las montañas que podría salvarlo. ¡Y de nuevo la lucha intensa por la unidad de los países que apenas pudo libertar de España!

Pareciera que su destino lo detiene en tierra colombiana. No recibe los pasaportes que ha solicitado. No le mandan los fondos que espera con impaciencia, semana tras semana. Se le comunica, antes bien, que sus valores y sus propiedades han sido decomisadas por los antiguos subalternos suyos, dueños a la sazón de la fuerza y de la autoridad en Venezuela.

Casi extenuado pasa a Soledad y Barranquilla, a fines de septiembre. Sus males se acentúan a tal extremo que el aire puro del Caribe no le alivia de sus síncope. El 10. de diciembre llega a Santa Marta, y en silla de manos tienen que bajarlo del bergantín *Manuel*. Tuberculosis con invasión de ambos pulmones, diagnostica el doctor Alejandro Próspero Reverend.

El día 6 el hidalgo español don Joaquín de Mier lo hace llevar a su quinta de San Pedro Alejandrino, en donde aquel humilde y sabio médico francés, el doctor Reverend, que no lo desampara, se esfuerza desesperadamente por salvar al prócer.

Allí frente a la playa, allí bajo los tamarindos que tantos autores han citado, casi delirante, se dirige todavía el Libertador a ministros y a generales, rogándoles que se reconcilien en favor de la unidad. Y ya casi moribundo, en presencia de los amigos que asisten a sus últimos días, dictará y firmará su proclama de despedida a los colombianos:

“Al desaparecer de en medio de vosotros . . . no aspiro a otra gloria que a la consolidación de Colombia . . . Mis últimos votos son por la felicidad de la patria. Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro”.

* * *

El 17 de ese mismo mes bajó Bolívar al sepulcro, pero no emprendió tranquilo el largo viaje. Acaso hoy lo asaltaría también la duda, ante la ignorancia, el dolor y la miseria en que aún se debaten inmensas mayorías de la América que él trató de libertar.

¡Y ante la responsabilidad que en ello tienen los que forman nuestra mediocridad enaltecida, condecorada y entreguista, en pugna siempre con Bolívar!

Las nuevas castas dominantes, los amos del poder y de la fuerza se apartaron de su ruta luminosa, a pesar de las estatuas y de los inflamados discursos en homenaje a su memoria. Se desviaron, igualmente, de la ruta revolucionaria que a Morelos lo llevó al cadalso.

Sólo a medias, durante el siglo diecinueve, triunfaron los defensores de la independencia —que se refiere al territorio—; mas fue cruel y sanguinaria la persecución de los que pugnaban por la libertad integral del ser humano, como vuelve a serlo en esta época de intolerancia, de incomprensión y de locura, en que el hombre supercivilizado retrocede a la barbarie.

Bien podemos esperar, sin embargo, que la inspiración de nuestros próceres; el pensamiento de nuestros viejos guías; su llamado a la unidad; su ideario, en suma, haya sido una siembra venturosa, que germine al cabo en el fecundo corazón de América.

PALABRAS FINALES

SON en realidad tan claros los textos de Morelos y de Bolívar, transcritos en este ensayo, que nada en mi concepto puede agregarse como interpretación o explicación. Bastará con resumir lo que se ha dicho, en unas pocas conclusiones.

El pensamiento revolucionario del gran insurgente mexicano, a través del período caótico y a través de la Reforma —como si continuase don Miguel Hidalgo tañendo la Campana de Dolores—, da un salto de más de cien años y se hace ley en la Constitución de Querétaro de 1917.

El pensamiento de Bolívar a su vez, después de un período más o menos largo, con variaciones propias de distintas épocas, toma cuerpo en la Sociedad de las Naciones, en la Carta de San Francisco, en las Naciones Unidas, en la Carta de Chapultepec, en el sistema jurídico interamericano, multilateralmente esbozado y adoptado, aun cuando el comparatismo deplorable de las dictaduras y de los pobres de espíritu le reste fuerza al ideal bolivariano, hasta convertirlo, por presión de la mala vecindad, no en hispanoamericanismo sino en monroísmo.

La tesis de Morelos, en lo que se refiere a problema tan fundamental como el agrario en países agrícolas, podría tal vez sintetizarse en una frase: El indio, el campesino, sólo se liberta con la tierra, que es para él la patria misma, la única patria tangible en que se forja el ciudadano.

Así pensó también Bolívar, desde que estaba en Jamaica, y al expedir las leyes y decretos en que ordenaba devolver sus tierras a los indígenas de los países liberados; o que se les dotase con las de dominio público cuando no las poseyeran.

Contra la esclavitud emitieron ambos próceres disposiciones casi iguales. Los dos se enfrentaron al emblema de Fernando VII. Improvisaron ejércitos. Tuvieron que hacer la guerra a muerte. ¡Y enfrentarse a la falta de comprensión de sus contemporáneos!

Aristócrata y opulento el caraqueño, pobre hasta la indigencia el cura de Carácuaro, ambos buscaban el mismo fin. Sacrifica el uno su comodidad y sus riquezas, venciendo a sí mismo, para luchar con fieras y contra fieras. Sacrifica el otro su tranquilidad de sacerdote para tomar las armas en favor del oprimido, acaso —según lo afirmó hace poco un escritor— porque “los que han sufrido mucho tienen una especial sensibilidad para el dolor ajeno”.

En manos de Bolívar y de Morelos el poder no era un fin, sino un medio para mejorar la situación de sus coetáneos y de la posteridad. Para otros, en cambio, el poder únicamente ha sido un fin en que los apetitos destruyen toda gloria.

Dicho en otros términos: las batallas que libraron Morelos y Bolívar, con mucha heroicidad y mucha sangre, fueron un medio indispensable de mejorar la vida con la muerte. Sólo en esa forma, por desgracia, fructifican los grandes idearios de libertad y de justicia, con tantas y *tan ilustradas* opiniones en su contra. Los de la misma generación, comúnmente, no ven la luz al pie del faro, cuyo resplandor se enfoca hacia la lejanía.

Por eso murió Morelos en el cadalso, degradado como “hereje, materialista, deísta, traidor de lesa majestad divina y humana, debiendo asistir al auto de su degradación —antes de que lo fusilaran por la espalda— en for-

ma de penitente *intermissarum solemnia*, como tal hereje y fautor de herejes”.

Por eso fueron tristes y desolados los últimos días de Bolívar. Las mejillas hundidas, el brillo febril de los ojos enmarcados en órbitas profundas, denunciaban el estrago de la tuberculosis. ¡Cuarenta y siete años que parecían sesenta, cuando se le detuvo el corazón!

Pero pasaron sus quebrantos en la tierra, y Morelos y Bolívar son ahora todo espíritu. Sus figuras gloriosas se dan la mano a través del tiempo y de los Andes, desde el Ixtaccíhuatl y el Pico de Orizaba, hasta el Chimborazo y el macizo imponente del Potosí, como guardianes del hombre americano.

¡Volver a ellos, a su pensamiento y a su acción, en esta hora trágica del mundo! ¡Volver a ellos, para que la América española pueda cumplir su destino!

ELOGIO DE FRANCISCO MORAZAN *

* Primera edición: Unión Democrática Centroamericana, México, D. F., septiembre de 1942, centenario del fusilamiento del prócer.—Segunda edición: En "Centroamérica en Pie", Ediciones Liberación, México, D. F., noviembre de 1944.



General Francisco Morazán, caudillo de la unidad centroamericana. Nació en Tegucigalpa, Honduras, el 3 de octubre de 1792. Murió fusilado en San José, capital de Costa Rica, el 15 de septiembre de 1842.

Hacia la inmortalidad

QUINCE de septiembre de 1842.

Por el camino de Cartago a San José, capital de Costa Rica, varios oficiales y sus tropas llevan preso, reconcentrado en sí mismo, a un hombre que parece haber vivido —sin apenas frisar en ellos— algo más de los cincuenta años.

Alto. Delgado. Barba negra, hasta los bordes del mentón, según usanza de la época.

Sangre coagulada, de herida muy reciente, en el carrillo izquierdo.

Expresión suave pero varonil en el semblante.

Lo llevan a caballo, con el paso lento de los cortejos fúnebres.

Detrás de él, conducido en una hamaca, cargan dos parejas de soldados a otro prisionero.

Va casi moribundo: pocas horas antes había querido darle fin a su suplicio, asestándose en el pecho terrible puñalada.

Francisco Morazán se llama el de adelante.

Vicente Villaseñor, el militar salvadoreño que en aquel calvario se desangra.

¡Muerto se quedó en Cartago José Miguel Saravia; muerto con estricnina por su propia mano, al ver que a Morazán, a Villaseñor y a él mismo se les ultrajaba con ponerles grillos!

Por su lealtad y su cultura, no debe olvidarse el nombre de este valeroso paladín de Centroamérica.

* * *

Acerca del arribo de los "reos" a la capital, entresaco apenas lo básico, unas cuantas frases escritas por don Ricardo Fernández Guardia, ilustre historiador de mi país, en su bien documentado volumen *Morazán en Costa Rica*:

"Llegaron a San José a la una de la tarde. Un gran gentío los aguardaba desde lo alto de la cuesta de Las Moras hasta los Almacenes.

"Como lo escribió Morazán en su última carta al general Saget, allí había cinco mil hombres que presentaban un semblante investido de furor.

"No se oyó, sin embargo, una injuria, ni siquiera una voz descompuesta. En aquella multitud reinaba un silencio de muerte.

"Morazán fue llevado a la Casa de Gobierno, donde está hoy el Palacio Nacional".

* * *

A continuación explica nuestro historiador cómo empezó desde ese momento el último acto de la tragedia, al plantearse la cuestión de lo que tenía que hacerse con los prisioneros.

Y no obstante la actitud respetuosa y silenciosa de los josefinos, recoge don Ricardo la versión de que el pueblo, "la numerosa plebe en armas", tenía ya decretada y exigía la muerte de Morazán y de Villaseñor.

Pero eso es poco, según el ilustrado autor de referencia, porque las turbas, "si no se ejecutaba sin dilación a los dos jefes vencidos", harían en la noble metrópoli costarricense una degollina general.

Nuestros antepasados, pues, nuestros conterráneos capitalinos, "se iban exaltando más y más, a medida que pasaba el tiempo, sin que se resolviera el asunto".

Y a tales extremos llegó aquella tremenda y nunca vista exaltación, que "el pueblo amenazaba con que mataría a todos los prisioneros, a todos los costarricenses morazanistas, sin perdonar a los diputados", ni al propio jefe de la insurrección, el señor coronel o general —a posteriori— don Antonio Pinto.

Vale la pena tomar nota de que entre los diputados constituyentes figuraban los más esclarecidos, los más respetados y respetables varones del país.

* * *

Apoyándose en tan incontenible furia popular, que sin duda muchos josefinos no aceptarían como verídica, tenía que resultar muy fácil a don Antonio Pinto, y a sus defensores de hoy, interpretar a su gusto y albedrío la tragedia de hace un siglo.

"Esta voz terrible —se disculpa Pinto— iba corriendo de fila en fila entre los soldados, y era proferida hasta por las mujeres y por los niños de la manera más imponente, añadiendo que no dejarían pasar el día sin que verificasen su amenaza".

¡Es decir, la matanza sin distinción de todos los costarricenses morazanistas, en la que tomarían parte hasta las mujeres y los niños!

"En vista de lo cual —sigue hablando Pinto— calcule que en efecto cumplirían (los hombres, las mujeres y los niños) sus promesas; y que en este caso, sin que se salvaran los generales Morazán y Villaseñor, iban a ser sacrificados, de la manera más atroz, todos los restos del ejército federal y muchos costarricenses.

"Tales consideraciones me pusieron en la dura necesidad de ejecutar a Morazán y a Villaseñor, no per-

mitiendo las circunstancias trámite ninguno, ni más tiempo que el de tres horas para que se dispusiesen a la muerte". (Obra citada.)

* * *

Absueltos en esa forma los verdaderos responsables de la sentencia sin apelación de 1842; e inculpado —para su alivio de ellos— el pueblo de San José, agrega el señor Fernández Guardia estas palabras sobre tan sangriento tema:

"La ejecución se llevó a cabo en medio de un profundo silencio, hacia las seis de la tarde del 15 de septiembre, cerca de la esquina sudoeste de la plaza de armas, hoy Parque Central".

¿Se advierte de qué manera, a fe cierta extraordinaria, reinó de nuevo el silencio entre tan furibunda "plebe en armas"?

Vale que por lo menos hace constar nuestro máximo historiador, a renglón seguido, que Morazán murió de pie, estoicamente, heroicamente, "sin permitir que le vendaran los ojos, dando él mismo las órdenes de mando a los soldados que lo fusilaron".

De cómo y en dónde aparecen Petronila y doña Pepa

Mas he aquí que otro intelectual, muy condecorado también y muy sabido, don Lorenzo Montúfar, en sus *Memorias Autobiográficas*, capítulo trigésimo cuarto, página 310, nos da una versión bien diferente, desde todo punto de vista, a la que renglones atrás se creyó necesario revisar.

Y nos la ofrece después de haber conversado con el propio Pinto, de quien podrá inferirse que fue contemporáneo.

Dice así Montúfar, y no quieran tomarse a humorismo sus palabras, que bien se prestan a meditación:

"Al efecto le pregunté, una tarde, por qué razón no había él juzgado al general Morazán, antes de condenarlo a muerte. Me contestó, en resumen, con mucha sangre fría:

"La ordenanza disponía que el consejo de guerra fuese de oficiales-generales, y yo no los tenía. ¿Qué había de hacer? Lo mandé fusilar. ¡Y si no lo fusilo, se me muere Petronila!"

Petronila —aclara don Lorenzo Montúfar— "era una hija del señor Pinto, que solía accidentarse al recibir alguna impresión violenta". Y sigue aclarando aquel historiador:

"Los enemigos de Morazán la habían intimidado, haciéndole creer que si al caudillo no lo fusilaban, el fusilado inmediatamente sería entonces su propio padre".

* * *

¡Dos versiones, completamente distintas, las del militar de origen portugués que ordenó se matase a Morazán!

Primero las "turbas", el pueblo, los hombres, las mujeres y los niños de San José, que pedían a gritos y con amenazas la ejecución del gran patriota y del gran unionista centroamericano.

¿Después? ¡¡Petronila!!

¡Petronila intimidada por los enemigos del prócer, por aquellos que sólo eran capaces de medir los ideales morazanicos, incluso la defensa del territorio nacional, amagado a la sazón por fuerzas separatistas nicaragüenses; que sólo eran capaces de medir tanta elevación de miras, a través de los míseros centavos que les pedía el Gobierno —según se verá más adelante— para que pudiera realizarse, sobre bases firmes y estables, la defensa y el engrandecimiento de su patria!

El engrandecimiento por medio de la reorganización de la República Federal de Centroamérica, de acuerdo con lo que había dispuesto la Asamblea Nacional Constituyente del Estado de Costa Rica, en su histórico decreto del 20 de julio de 1842, después de muy bien meditados considerandos y por *unanimidad de votos*.

Dicho decreto fue remitido para su ejecución al general Morazán, "Jefe Provisorio del Estado", "Benemérito de la Patria" y "Libertador de Costa Rica", títulos que le había conferido la propia Asamblea, en la que figuraban varones de tan indiscutible merecimiento como el presbítero don José Francisco Peralta (Presidente), don Joaquín Bernardo Calvo y don Félix Sancho (Secretarios), el ex Jefe del Estado don Juan Mora Fernández, y otros ciudadanos de la misma talla.

* * *

Tengan seguridad los que estén siguiendo estos apuntes, de que no fueron los vecinos honestos de San José, ni los de Cartago, ni los de Heredia, ni los de Alajuela; de que no fue el pueblo costarricense el que llevó al cadalso a Francisco Morazán.

Tampoco se podría inculpar a ese pueblo por el fusilamiento posterior de Juan Rafael Mora, el máximo adalid de nuestra segunda independencia, en lucha titánica contra los filibusteros del esclavista norteamericano William Walker.

No. Ese pueblo está simbolizado en la figura humilde de Juan Santamaría, miliciano del 56, entraña campesina de nuestra propia tierra, que ofrendó su vida para que no pudieran dominar en Centroamérica los invasores extranjeros.

Fueron otros los responsables de la muerte de Francisco Morazán.

Y de la muerte de Hidalgo juzgado por la Inquisición.

Y de la muerte de Morelos.

Y del asesinato de Sucre.

Y del sacrificio de Lincoln, libertador de esclavos.

¡Fueron otros! ¡¡Sí!! ¿Quiénes?

¡Los enemigos ancestrales del progreso y de la dignidad humana, que siempre encuentran la manera de aprovechar, con sagacidad y con extraordinaria sutileza, a las Petronilas influyentes que suelen accidentarse en nuestro medio!

* * *

Cosas triviales o cómicas parecen éstas, ya lo dije antes. Pero son trágicas, en realidad, porque de mucho repetirse constituyen grave daño para la buena marcha y para el desarrollo integral de aquellos pueblos.

Indudablemente que los políticos centroamericanos del siglo diecinueve, adversarios o panegiristas de estos o de aquellos gobiernos, nos dan mucha luz a los hombres de generaciones subsiguientes.

Nos la dan, cuando además de todo lo que hicieron —o de todo lo que tuvieron en proyecto realizar—, les quedó todavía tiempo bastante para escribir, a saltos y a brincos, detallada relación, con muchas señales y minucias, de los buenos o de los malos pasos que dieron en la vida.

No es otra cosa la que sucede con las *Memorias* de un tercer historiador y político de merecida fama, don Miguel García Granados, quien al correr de los años habría de convertirse en prócer de la Reforma y del liberalismo en Guatemala, ni más ni menos, junto al caudillo de 1871, general Justo Rufino Barrios.

En esas *Memorias* hace don Miguel que reluzca el ingenio de su hermana mayor, quien con mucha travesura y con gran facilidad para versificar, escribía sátiras envenenadas contra los jefes liberales.

Es decir, contra los valores más destacados del partido triunfante en 1829, "sin perdonar siquiera a sus esposas", habiendo escrito una extensísima y muy sangrienta seguidilla en relación con Morazán.

Informa después García Granados que estos retratos comenzaron a correr manuscritos; que la gente se los arrebatava de las manos; y que "a poco cuasi no había quien no los supiera de memoria, poniendo los maltrechos sus gritos en el cielo".

* * *

Más adelante, por boca del propio narrador, venimos a enterarnos de que en 1830 su hermana, que se llamaba Pepa, al fin corrió peligro de que las autoridades —¡las crueles autoridades morazanistas de los *rojos* o *fiebres!*— procedieran en contra suya, es de suponer que por delito de difamación o por daño en honra ajena.

Pero con sinceridad que sin duda lo enaltece, afirma líneas abajo el citado autobiógrafo guatemalteco que no había empeño verdadero en molestar a su hermana, la que sin tropiezo, y sin que nadie le pusiera obstáculos, pudo trasladarse a Chiapas venturosamente.

¿Y en qué forma respondió, tan inquieta y encumbrada dama, al espíritu conciliador y tolerante de los *bolcheviques* de aquella fecha?

En la misma forma en que contesta siempre la reacción al sistema liberal y democrático, que espera vencer o convencer a sus enemigos, a los enemigos privilegiados del pueblo, dejándoles valerse precisamente de la democracia para escarnecerla y acabar con ella.

Lo mismo sucede en nuestros días

Así ocurre también en la época contemporánea. De esa lenidad, que todos conocemos con el nombre

de apaciguamiento, supieron aprovecharse Hitler y Mussolini para desquiciarse al mundo.

¡Y al amparo de los Petronilos y de las Petronilas de hoy —que también ululan y pululan en las grandes potencias—, ambos dictadores lograron fortalecer su posición en Europa y en el resto del planeta!

A la sombra, igualmente, de esa libertad y de esa democracia, pudo tomar fuerza en España la caverna, que sólo era capaz de atravesar, con su tizona, el corazón del oprimido.

Y en esa libertad —contra la libertad—; en esa democracia —contra la democracia—, encuentran amplio apoyo en nuestra América los dictadores en potencia, los demagogos de tal o cual color, los enemigos ancestrales del hombre en su acepción más elevada.

Se apoyan, pues, en la libertad, los que sienten odio por la libertad; se apoyan en la democracia los adversarios enmascarados de la democracia, para socavar los cimientos de una civilización y de una cultura, profundamente humana, en las que tendrá que descansar el nuevo mundo para no caer en la barbarie, en las monstruosas aberraciones ultramodernas que está sufriendo la malparada civilización del siglo veinte.

* * *

Casi podría decirse que en su exceso de tolerancia hacia las castas dominantes, estuvo el error de Morazán.

Revisando el relato ingenuo de García Granados se puede apreciar, entre líneas, el panorama de la época.

Memorias tan superficiales son las suyas —escritas, cabe suponerlo, en moza edad—, que le sirven incluso para explicar cómo se ganó la vida en México, jugando al ajedrez.

Pero en esas páginas está la clave de las dificultades y de las luchas que tuvo Morazán, desde 1829 hasta que